

nombre ganado, aun cuando sólo sea a fuerza de años, como en el caso mío, debiera recordar que las multitudes son aquí, y fuera de aquí, iconoclastas por instinto. Las multitudes se gozan siempre con la caída de los ídolos. Tal instinto no es esencialmente malo. Es a veces un factor importante de renovación.

—¿Y recordarlo para qué?

—Para no empeñarse en sostener una conversación pública con quien no merece las ventajas recíprocas que se derivan de una controversia sincera entre personas desigualmente informadas. Si yo hubiera tenido idea de la exigüidad del bagaje químico de la Escuela Nacional de Agricultura y de las maneras del señor Iglesias como escritor, no habría cruzado una palabra con él. En todos sus artículos ha estampado disparates de más en más sorprendentes. Para refutar mis afirmaciones, relativas a hechos experimentales, fáciles de comprobar por cualquier colegial, en un laboratorio químico cualquiera, ha creído deslumbrarme con el nombre de la cartilla escolar de que se vale en alguna ocasión, y me ha pedido el nombre de la mía.

Hay casos en que se desautoriza el que cita autoridades. Para saber, v. gr., qué ocurre cuando se ponen juntos el permanganato de potasio y el ácido sulfúrico, bastan estas dos cosas: conocer el ozono y hacer el experimento. Otro ejemplo. El químico conoce los múltiples caminos que conducen a la producción del ácido acético; pero no se necesita ser químico para saber que el ácido acético o ácido del vinagre es un producto de la oxidación del alcohol común (alcohol etílico), no del alcohol metílico. Todos sabemos, en efecto, que el vinagre se obtiene, naturalmente, corrientemente, por fermentación oxidante del alcohol común contenido en el vino y en los ju-